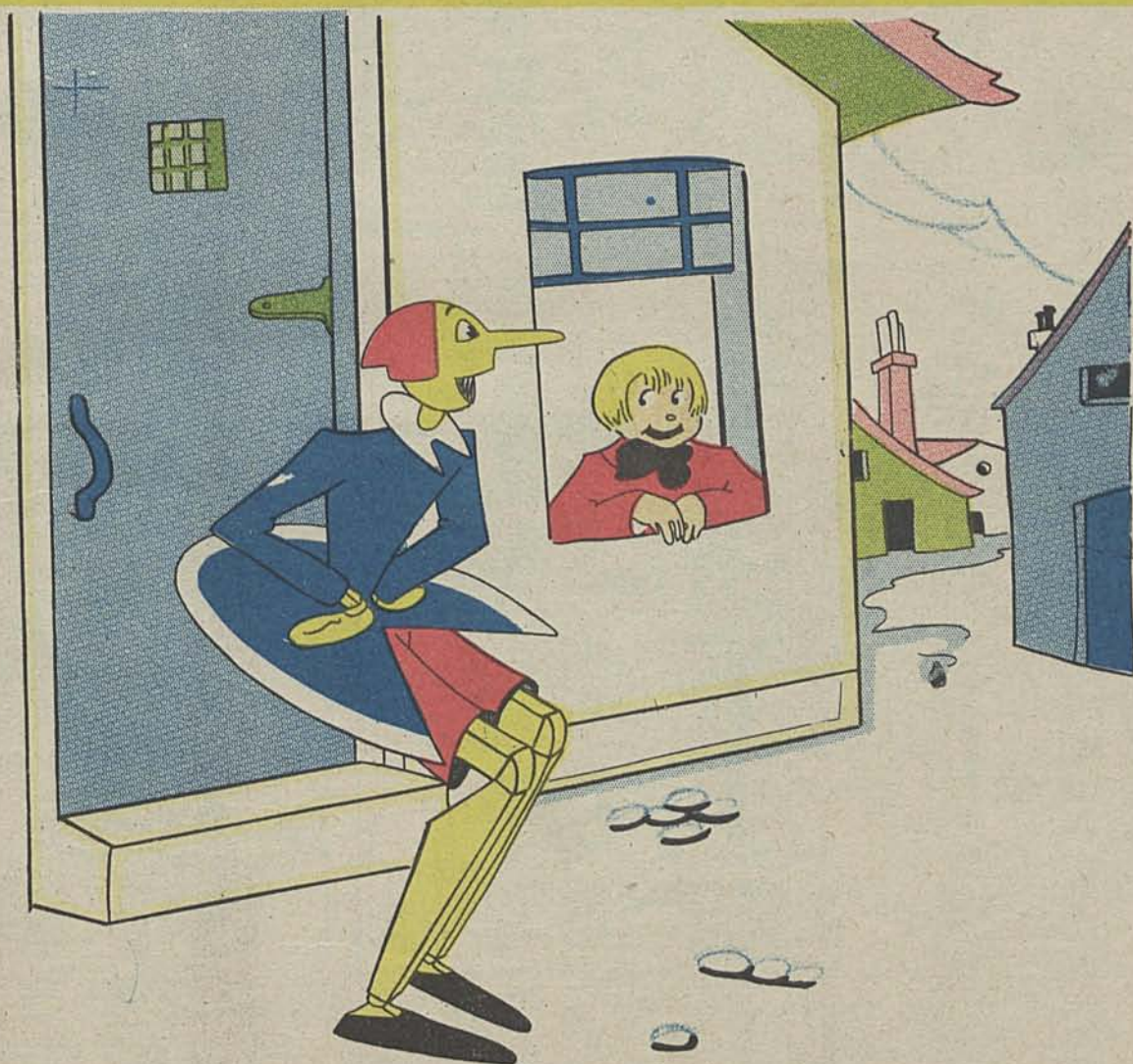


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 286

25 cts

10 AGOSTO
1930

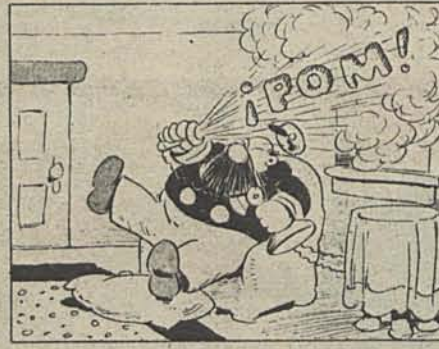


- ¿QUE ESTUDIAS?
- PARA MÚSICO
- ¿Y QUE INSTRUMENTO?
- EL FONÓGRAFO

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

Sin embargo, parecía que todo iba bien en la montaña, porque de

vez en cuando sonaban las detonaciones de los rifles; y si duraba aún el fuego, era señal evidente de que los indios no habían tomado el campamento, ni habían, por tanto, asesinado a los voluntarios.

Durante cuatro horas seguidas, los caballos no cesaron en su galope, dando muestras de una resistencia increíble para atravesar aquellas sombrías cañadas, que se sucedían sin interrupción, cada vez más abruptas y salvajes.

Hacia el alba comenzó a suavizarse la pendiente, y aparecieron grandes grupos de pinos y cedros gigantescos.

La pradera estaba ya a muy pocas millas de distancia, verde, espléndida, con miriadas y miriadas de perfumadas flores.

Por cuarta vez detuvo John su caballo y se puso a escuchar.

—¡Nada!—dijo—. ¡La batalla ha concluído!

—¿La habremos ganado nosotros, o los *sioux*?—preguntó Harris.

El *indian-agent* se volvió y miró a larga distancia. Montañas y bosque aparecían esfumados, casi borrados por la niebla.

—¡No sé qué daría por estar allí, aunque fuera un solo instante! ¿Qué habrá ocurrido? ¿Qué será ahora del coronel Devandel?

Una sonrisa estridente, burlona, estalló en aquel momento en los labios de la diabólica india.

—¿Qué te pasa, Minnehaha?—la preguntó John secamente.

—He visto un perro de las praderas que me miraba desde la hierba—respondió la muchacha.

—¡Poco valiente eres para ser una *sioux*! ¡Que el gran Manitu te lleve a sus celestes praderas!

Después, volviéndose hacia los dos corredores, que tenían fija la mirada en la lejanía, les dijo:

—¿Seguimos, camaradas?

—Si debemos llegar a la hacienda de San Felipe por orden del coronel, no encuentro motivo para permanecer aquí—respondió Harris—. No hay que olvidar que tenemos a los *chayennes* a nuestra izquierda, y que tal vez a estas horas estén ya en las praderas.

—Tienes razón, amigo. Nos hemos aventurado en una empresa, y nuestro honor está empeñado en llevarla a feliz término. Ahora a la pradera, y, suceda lo que quiera, haremos cuanto esté de nuestra parte por salvar a los hijos del coronel.

La india sonrió otra vez con irritante burla.

—¡Cuernos de bisonte!—gritó, amenazadoramente el *indian-agent*—. ¿Qué es lo que te hace reír ahora, macaca?

—Que he visto otro perro de las praderas entre las matas.

—¡A ver si te arrojo al suelo y te rompo la cabeza! ¡Quizás hubiera sido mejor dejarte en la sierra, donde alguna bala *sioux* te hubiera alcanzado! ¡Así al menos hubieras sido muerta por tus compatriotas!

—El hombre blanco podría engañarse—respondió la india con entonación particular.

—¿Qué quieres decir?—exclamó John, sorprendido ante la audacia de aquella niña.

—Que yo no te he dicho todavía que sea una *sioux*.

—¿Y qué importa? ¡Para mí eres una *piel roja*, y basta!

Minnehaha apretó los dientes como una pantera, y sus ojos lanzaron rayos.

Harris, que sorprendió aquella mirada, se echó a reír y dijo:

— ¡Guárdate, John! ¡Llevas detrás una víbora! ¡Es perversa y mala esa muchacha!

—Pero como yo no soy su padre, ni su hermano, ni siquiera un *piel roja*—respondió el gigante—, si da ocasión a ello la abandonaré en la pradera para que sirva de pasto a los lobos.

—Soy una niña—dijo Minnehaha—y yo no he oído contar que los rostros pálidos sean crueles contra las personas que no saben pelear.

—¿Y qué hacen los tuyos con nuestros hijos, condenada? ¡Los indios no debían llamarse guerreros, sino bandidos! Pero, en fin, no quiero perder tiempo en discutir con esta mona de las montañas, a quien de buena gana hubiera dejado con el coronel. ¡Sigamos nuestro camino! Una hora más, y alcanzaremos las altas hierbas de las praderas. ¿Oís algo?

—Nada—contestaron los cazadores.

—¡Buena señal! Y ahora no perdáis de vista el rifle ni las pistolas. ¡Veremos si la pradera es menos peligrosa que la montaña!

Una hora después, en el momento en que el sol surgía, majestuoso, en el horizonte y la gran cadena de montañas se cubría de vapores, los tres hombres y la muchacha descendían a las floridas praderas.

CAPÍTULO IV

Los estragos de 1863

Las incesantes invasiones de los aventureros americanos, que iban extendiéndose sin descanso por el este y el oeste y apropiándose las tierras sin contar para nada con la voluntad de sus legítimos dueños, habían hecho germinar en el corazón de los *pieles rojas* el odio a los blancos; odio que llegó a ser implacable cuando

los indios se convencieron de que los invasores tendían a hacer desaparecer su raza.

Las varias tribus diseminadas en aquellos inmensos territorios habían intentado en varias ocasiones oponerse a los avances de la marea blanca, entablado espantosos combates, que los colonos americanos solían pagar carísimos.

Desgraciadamente para ellos, si aquellas tribus odiaban a los rostros pálidos, odiábanse también entre sí, y, lejos de unirse contra el enemigo común, consumían su actividad y su fuerza en destruirse unas a otras.

Hacia 1863 comprendieron, al fin, que su seguridad dependía de su unión, y los *pieles rojas* se coligaron por vez primera contra sus odiados invasores.

¡Las praderas para los indios!—dijeron—, o, de lo contrario, el hombre blanco acabará por extinguir nuestra raza y por hacer morir de hambre a nuestras familias!

Era verdad. Las incesantes invasiones de los colonos blancos, que convertían en terrenos laborables los incultos, iban disminuyendo cada vez más los territorios de la caza, únicos con que contaban los indios para su subsistencia, pues no habían podido acostumbrarse a ser ellos plantadores.

Los bosques desaparecían poco a poco. Las inmensas manadas de bisontes, que constituían por sí solas la alimentación de las tribus, iban siendo cada vez más raras; los ciervos y demás cuadrúpedos comestibles, que antes se contaban por millares de millares, disminuían de modo alarmante, y hasta los caballos salvajes, sobre los cuales el hombre blanco no podía ostentar derecho alguno, iban perdiéndose en aquella región.

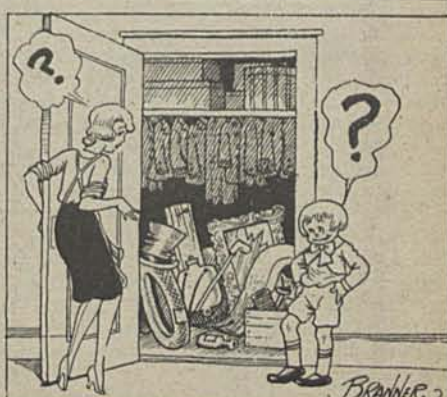
Las lamentaciones de los *pieles rojas* llegaban sin cesar a oídos del presidente de la gran República americana; pero ni eran atendidas, ni por nadie se procuraba hacer justicia a los reclamantes.

Al contrario, el hombre blanco consideró al *piel roja*, legítimo propietario del suelo, como

(Continuará en el número próximo).



COLORÍN y su PANDILLA





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón ¿qué quieres saber hoy?
—Quisiera saber, si es cierto, amigo buho, que las focas son de la misma familia que las ballenas.

—Sí, señor. Pertenecen al mismo grupo que esos gigantes del mar.
—Extraño parece. Una foca y una ballena son animales totalmente distintos.

—No estoy conforme, Chononcito. Aunque en apariencia sus formas son bastante diferentes tienen gran analogía en sus caracteres orgánicos. ¿Quieres que dediquemos a la foca nuestra charla de hoy?

—Me parece muy bien, mi querido buho. Tienes la palabra.
—Está dotada la foca de pulmones, necesitando, por tanto aspirar aire para vivir.

—¿Y no puede también vivir bajo el agua?
—Es un animal anfibio, pues no puede permanecer mucho tiempo dentro del agua ni fuera de ella. Generalmente busca su alimento dentro del mar y como casi siempre permanece en las aguas se la clasifica como animal acuático. Duermine a orilla de la tierra, con preferencia sobre rocas y ronca profundamente mientras duerme.

—¿Ataca al hombre?
—A veces, sí, porque su voracidad es extraordinaria. Es animal muy mordedor y sabe pescar con la misma maestría con que pueda hacerlo el pescador más diestro. En tierra come carne, yerbas y todo cuanto sea comestible y esté a su alcance.

La hembra cría a sus pequeñuelos en la costa y poco a poco los va acostumbando al agua. Muestra un gran cariño por sus hijitos a los que prodiga muchas ternuras y cuidados. Cuéntase que cuando a una foca se la separa de sus crías prorrumpen en lastimeros quejidos y derrama abundantes lágrimas lo que prueba el cariño maternal de estos animales.

—Las focas deben de ser fácilmente domesticables ¿verdad buho?
—¿Por qué dices eso?
—Porque por los circos andan muchas exhibiendo al público sus habilidades.

—En efecto, cuando se las coge pequeñitas llegan a ser muy mansas y dóciles. Tienen facilidad para interpretar las enseñanzas de los domadores, llegando a contestar siempre que se las llama, aparte de ejecutar multitud de juegos de equilibrio y malabares que causan el asombro de los espectadores.

Cuando llegan a la edad adulta es más difícil darles caza, pues al verse perseguidas en tierra lanzan con los pies posteriores grandes cantidades de arena contra sus perseguidores con tal fuerza que muchas veces les causan heridas. En el agua despiden las redes más resistentes. Aguantan palos, flechazos y arponazos gracias a la gruesa capa de grasa que las cubre.

—¿Son de gran tamaño?
—Llegan a alcanzar hasta dos metros desde la punta del hocico hasta la

de la cola. Las hembras suelen ser mucho más grandes que los machos. Tienen el cráneo semejante en su forma a la de un huevo. El hocico es corto: los ojos grandes y de una vivacidad extrema; apenas tienen orejas y sobre el labio superior brota un bigote de largas y fuertes cerdas. El cuerpo se va adelgazando desde los hombros hasta la cola; los pies anteriores son muy cortos, y los posteriores, anchos y bien desarrollados. La cola es simplemente un muñón.

—¿Puede permanecer mucho tiempo bajo el agua?

—Desde luego mucho menos que en la tierra. Según los naturalistas no pueden estar sumergidas por más tiempo de ocho segundos. Al zambullirse nada con extraordinaria rapidez, persigue veloz sus presas, a las que caza con gran maestría y sólo aparece un momento en la superficie, para respirar, pero asoma tan poco trozo de su hocico que fácilmente pasa por desapercibida.

—Si la foca es tan aprovechable como la ballena será su caza un medio de vida de los pescadores ¿verdad amigo buho?

—Los pueblos del Norte dedican casi toda su actividad a la caza de este animal. Todo en él es aprovechable. La grasa, la piel, la carne; hasta los intestinos. Estos, además de constituir un buen alimento les proporcionan material para hacerse prendas de vestir y cortinas. La sangre, mezclada con agua salada, sirve a los esquimales para hacer una especie de sopa. Otras veces la dejan helar y constituye una golosina.

—Para ellos.

—Desde luego; estamos hablando de los esquimales. Las costillas sirven para estirar las pieles y hacer clavos. Con los omoplatos se hacen palas y con los tendones, cuerdas para los arcos. La piel, curtida y arreglada es apreciadísima en el comercio por su excelente resultado. La carne fresca o en conserva constituye el principal alimento de los habitantes de las regiones polares. La grasa produce un aceite muy bueno, de más valor que la carne y la piel.

—¿Se saca mucho aceite de una foca?

—Puedes calcular que de una foca de buen tamaño, en la edad adulta, pueden extraerse hasta quince litros.

—¿No te parece que ofrece mucho rendimiento dedicarse a cazar focas.

—¿Qué duda cabe! Ya te he dicho que los esquimales viven de este animal.

—¿Te animarías a que montásemos entre los dos una industria de focas?

—Tu estás mal de la cabeza, Chonón. No te haces cargo de que nosotros no haríamos negocio. Está muy lejos la región habitada por las focas, nos moriríamos de frío, y quizás de hambre; nos costaría tanto el transporte de los animales cazados que el negocio se quedaría en manos intermediarias. Te trae más cuenta quedarte en casita conmigo y comprar en la tienda las latas de conserva.

—Vaya un modo más indirecto de decirme que te convida a merendar.

—No lo dije con tal intención, pero sí te empeñas en convidar...



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



FERNANDO LÓPEZ.—Tu «Piel Roja», tu automóvil y tu barco están ya en mi poder esperando turno para salir en las columnas de mi revista. Dibujas con una seguridad de trazo verdaderamente genial. Apretados abrazos.

ROSA CALVO.—Un nido de pajaritos es cosa extraordinariamente poética, pero un nido de pajaritos pintado por tu mano artista es algo superior a toda poesía. ¡Qué lástima más grande que en vez de hacerlo a lápiz no lo hayas hecho a plumas! ¿No sabes que los dibujos a lápiz no pueden reproducirse? ¡Qué pena, simpática Rosita, qué penal Tuyo incondicional.

JULIA Y ANTONIO USOZ.—No sabéis con qué entusiasmo y admiración hemos estado contemplando horas y horas vuestras admirabilísimas obras de arte. Me siento orgulloso de contar entre mis innumerables amiguitos de América con artistas como vosotros. Os abraza con todo su cariño.

FERNANDITO ESTÉVEZ.—Me ha encantado tu dibujito lindo. Y a Pirula le han entrado unas ganas atroces de irse a veranear a esa monada de casita, ¿Me mandarás más cosas? Todo se publicará en cuanto le toque su vez. Tuyo incondicional.

M.ª DEL CARMEN HUIGOBRO.—Muy bonitos tus dibujos y yo, desde luego, estoy siempre dispuesto a complacer hasta la saciedad a mis amiguitos, pero... a tantos he de complacer que he de regatear el espacio disponible para publicar trabajos de todos. Esto hace que, contra mi voluntad, no pueda dar

cabida a los que por su excesiva extensión (como son la generalidad de las historietas) ocupan mucho espacio. ¿Verdad que me comprendes y me disculpas? Siempre tuyo.

POLITO SERRÁN.—No puede ser, querido Polito. Son trece dibujos los que me envías y con un solo cupón ¿No te parece que sería injusto hacer esperar a los que con cada trabajo me mandan sus correspondientes cupones? Te abraza tu gran amigo.

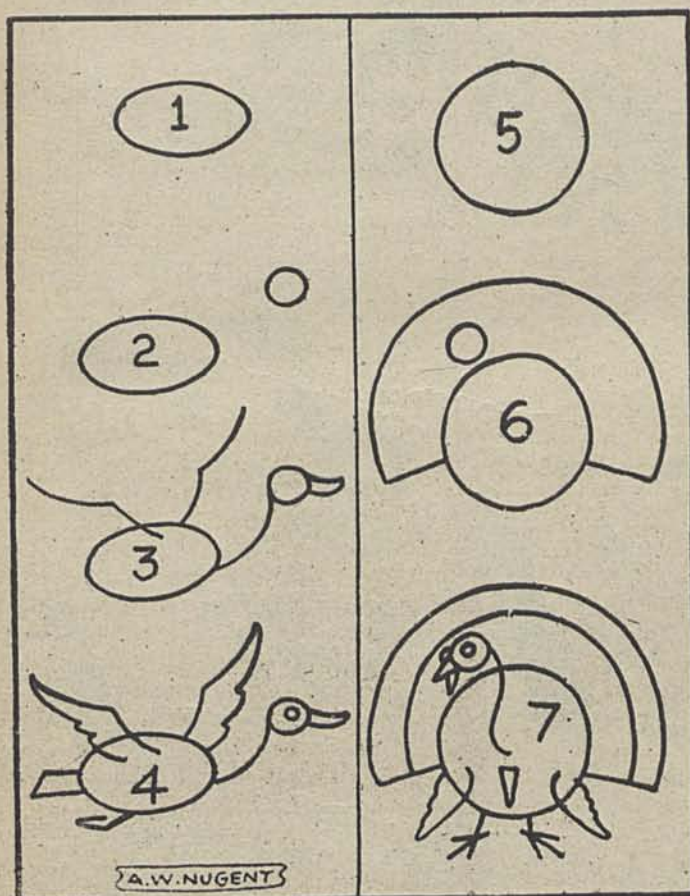
FAMILIA BARROSO.—Claro que me refiero a María, Pepa, Marujita y Pepita. Todos artistas de la mejor cepa. ¡Málaga la bella! ¡Qué dichosa eres de cobijar bajo tu luminoso cielo a tan lindas dibujantes! Porque no cabe duda que quien hace tan lindos primores tiene que ser tan bonita como sus obras. Recibid la admiración y los abrazos de vuestro

Pinocha

PARA PASAR EL RATO



TODOS DIBUJANTES



Si miráis el dibujo adjunto creeréis que lo que véis es un pez, un simpático pez... pero estáis equivocados de medio a medio, porque se trata de un pato...

Sí. No asustarse...

Se trata de un pato que va disfrazado de pez...

Dad la vuelta al dibujo y os convenceréis.

Una paloma...
Un pavo...
¡Qué nombres tan sugestivos!
¡Y qué difícil es dibujarlos!
Pero, Pinocho, siempre alerta, siempre en el palenque, viene en nuestra ayuda...

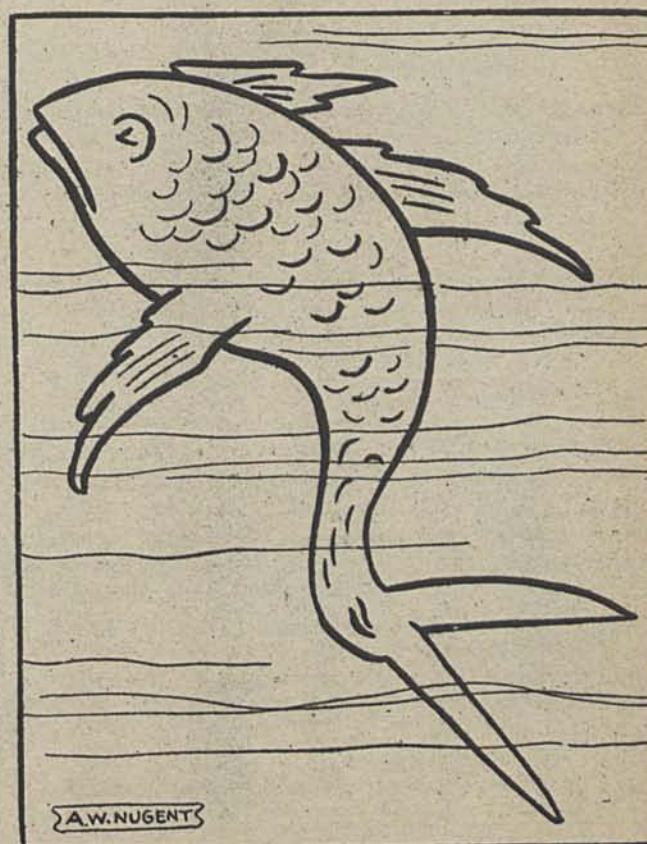
De él son estas dos estilizaciones que aquí véis y mediante las cuales es facilísimo, evidentemente, dibujar una paloma y un pavo...

Una paloma...

Un pavo...

¡Qué nombres tan sugestivos...!

EL PEZ DISFRAZADO





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ESTA NOCHE HE SOÑADO QUE NOS COMÍAMOS DOS SOPERAS ASÍ DE GRANDES LLENAS DE NATILLAS.

ESO MISMO LE PASÓ A UN TAL CALDERÓN EN UNA BARCA Y CUANDO SE DESPERTÓ DIJO QUE LA PÍCARA VIDA ERA UN SUEÑO



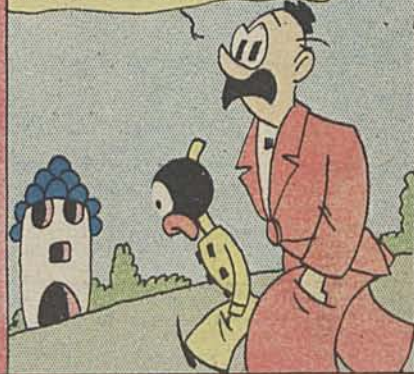
¡ME CHOCA! PORQUE EN TIEMPOS DE DON NICOLÁS CALDERÓN, QUE ASÍ SE LLAMABA EL "IMPERFECTO", NO SE HABÍAN INVENTADO LAS NATILLAS. (A MI NOME GANAS TU A SABIO)

¡HAY QUE VER LA DE HISTORIA QUE SABE USTED!



BUENO; VAMOS AL GRANO. ¿ME CONVIDA USTED A NATILLAS? ¿SÍ, O, NO?

¡PERO, PEDAZO DE NEGRO! ¿NO VES QUE VAMOS YA CAMINO DEL RESTAURANTE?



¡VA EN SEGUIDA

¡A VER, CAMARERO! ¡DOS SOPERAZAS DE NATILLAS!

ATAREMOS AQUÍ UNA CUERDA Y CUANDO VENGA EL CAMARERO YA VERÁS QUE JUERGA NOS CORREMOS



YA ESTÁ PUESTA LA TRAMPA. AHORA A ESPERAR, A VER, A OIR Y A CALLAR.



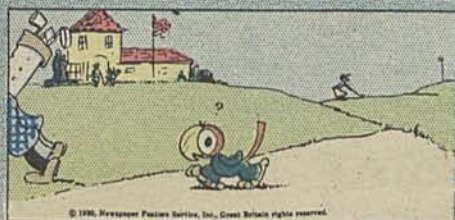
¡JUJUY, QUÉ JUERGA!

¡YA VIENE! ¡YA VIENE!

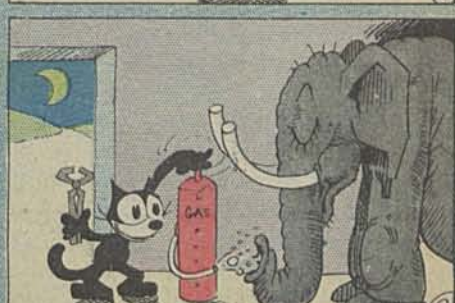
OYE NIÑO, DISIMULA O TE DOY UN CAPÓN QUE TE DEJO K.O.



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Casilla

EL HOMBRE DE LAS DOS CARAS



ESTABA Claudio gritando como un descosido, cuando le dijo su abuela:

—Si vuelves a escandalizar, vas a ver al hombre de las dos caras.

—Oye, abuelita — exclamó Claudio —; y ¿quién es ese hombre?

—Pues es un ser muy raro, que con una cara ríe y con la otra llora. Si mira con la cara de risa, da un juguete al niño; pero, si mira por la cara triste, le da un mordisco y le arranca la punta de una oreja.

—Pues, entonces, yo quiero que venga, porque seré muy bueno y me dará un juguete.

—Más vale que no venga, porque eres muy malo y tendrías una oreja estropeada.

—Pues yo lo quiero ver—dijo el muchacho.

—Búscales si quieres—dijo la abuela—; pero mira no te pese.

Claudio, que era un muchacho de ocho años, muy inocente, creyó a pies juntillas lo del hombre de las dos caras, y resolvió buscarlo por todas partes.

Aquella tarde salió a las afueras del pueblo y preguntó a unos leñadores.

—¿Dónde está el hombre de las dos caras?

Y ellos le dijeron por mofa:

—Sigue por el monte adelante y darás con él.

Siguió al pie de la letra el aviso, y subió al monte, sin encontrar a nadie.

Aquella noche tuvo que pasarla en el monte, subiéndose a la copa de un árbol porque los aullidos de los lobos le asustaron tanto, que no se atrevió a volver a su casa. Por la mañana, al bajarse del árbol, le saludó una ardilla con mucha finura, dándole los buenos días.

—Oye, ardilla—dijo Claudio—: ¿tú sabes dónde está el hombre de las dos caras?

—Yo no lo sé, pero mi amiga el águila sabe muchas cosas. Vente conmigo y se lo preguntaremos.

Fueron juntos el niño y la ardilla, y en lo más alto de la montaña dieron con el nido del águila. Volvióse ésta hacia la ardilla y le preguntó qué deseaba. Enterada de lo que quería Claudio, le dijo:

—Algo he oído hablar de ese hombre; pero no lo he visto nunca. Sólo sé que es un desgraciado, porque no puede mirarse al espejo sino por la cara triste, y, de verse tan afligido el pobre, rompe a llorar.

—¿Y dónde vive?—dijo el niño.

—Vive tan lejos, que tú no podrías llegar allí jamás; pero, si quieres, yo te llevaré en mis garras por el aire, y en un momento estaremos allí. No puede hacer por ti más que llevarte a la puerta de su casa, pero no respondo de lo que te suceda.

—No importa—dijo el muchacho—; llévame, que deseo verle. El águila cogió al niño por la cintura, y la ardilla se metió en un bolsillo de Claudio. Remontó el águila su vuelo, y los tres se encontraron en el aire.

Después de unas cuantas horas de vuelo, bajó el águila a un montecillo, y allí dejó a Claudio, asustado de su temeridad.

—Cuando quieras volverte, si te dejan, toca este silbato que llevo colgado al cuello. Guárdalo, que yo tengo el oído muy fino y oigo el ruido del pito desde quinientas leguas. En cuanto lo oiga vengo y ¡zas! te cojo por la cintura y a mi nido.

Cuando el águila se hubo marchado, salió la ardilla del bolsillo de Claudio y le dijo:

—¿Conque ya hemos llegado, amiguito?

—Pero ¿has venido tú también?—exclamó Claudio con alegría.

—Sí, pero de incógnito. Me fuiste simpático, y quiero protegerte con mis consejos. Ya sabes que las ardillas, somos muy listas.

—Bueno; y ahora ¿qué hago?

—¿No deseas ver a ese hombre? Pues vamos, porque a mí también me dan ganas de conocerle.

—¿Y si quiere hacernos daño?

—Entonces nos defenderemos. Voy yo primero a explorar estos alrededores, y vuelvo en seguida.

Y, diciendo esto, echó a correr la ardilla con la viveza propia de su casta, volviendo a poco muy asustada.

—¿Sabes—le dijo—que el hombre de las dos caras está ahora mismo dando una paliza feroz a varios chicos, que tiene encerrados en una jaula?

—Serán niños traviesos; pero yo soy bueno, y a mí me dará juguetes.

—Eso es lo que yo no sé; porque lo único que le he visto dar es palos, y ¿sabes lo que decía?

A éste quiero, y a éste no,
A todos los mato yo.

—¿Eso decía?

—Lo que estás oyendo. Yo no le he visto más que la cara alegre, que la tiene en el cogote, y al verla cerré los ojos y me vine a escape; pues, si me ve, me desloma.





—¿Y qué hacemos?—dijo Claudio asustado.
—Súbete conmigo a este pino, y desde aquí observaremos.

Subiéronse a un árbol, y desde allí vieron una casa, mejor dicho, una gran jaula formada de gruesos barrotes con un techo de hierro. En el centro estaba sentado el hombre de las dos caras, con un látigo en la mano, castigando, a través de los barrotes, a una porción de muchachos de todas edades que llenaban la jaula.

Tentaciones tuvo Claudio de tocar el silbato y que el águila se lo volviera a llevar; pero su curiosidad pudo más que su miedo y se dijo:

—Después de todo, siempre que quiera me irá.

Al poco rato vieron que el hombre de las dos caras salió de la jaula y se dirigió al sitio que ocupaba Claudio. Al aproximarse vieron una cara tan afligida, que Claudio se llenó de miedo. Como la ardilla le viera hacer pucheros, díjole muy bajito:

—Cierra los ojos o somos perdidos.

Obedeció el muchacho, y el hombre de las dos caras pasó junto a ellos sin advertir su presencia. Cuando le sintió pasar, entreabrió Claudio los ojos y le vió la cara alegre. De nuevo tuvo que cerrarlos, pues a poco suelta la carcajada por lo raro de su rostro.

Al desaparecer ya a lo lejos, bajáronse ambos amigos del árbol y se acercaron a la jaula. Al verlos, comenzaron a gritar los niños prisioneros, llenos de alegría.

—¿Venís a libertarnos?

—Sí—dijo Claudio—; pero no sé cómo, porque está cerrado. Pero, a falta de llave, buscaremos otro recurso.

Y revisando todas las puertas, dió con una sin candado. La abrió y penetró en la jaula; pero, no bien hubo entrado, cuando la puerta se cerró por sí misma, dejándole prisionero.

—¡Pobrecito!—gritaron los otros—; estás perdido sin remedio, porque esto es una especie de ratonera donde se entra, pero no se sale.

En esto llegó el hombre de las dos caras; abrió la puerta, y encarándose con Claudio le miró con la cara seria, lo cual hizo que el muchacho cerrara los ojos para no llorar.

—¿Conque tengo un pupilo más?—exclamó Bueno; hoy te toca reír por ser el primer día.

Y cogiéndose la cabeza con ambas manos se la volvió de tal suerte, que la cara alegre quedó frente al muchacho. Éste miró un momento y volvió a cerrar los ojos por no reír a carcajadas.

—Veo que eres fuerte, pero mañana nos

veremos—dijo el monstruo.

Y encerró a Claudio con los otros pequeños.

Ya era de noche, y todos se durmieron, incluso el horrible carcelero.

Medio dormido estaba Claudio, cuando sintió que le llamaban muy bajo. Era su amiga la ardilla, que había entrado a través de los barrotes y le dijo:

—Ten confianza en que mañana os salvaré.

Y sin más volvió a salir por donde había entrado.

Aí día siguiente, a la hora acostumbrada, el monstruo enseñó la cara triste. Los prisioneros comenzaron a llorar. Claudio cerró los ojos, y el monstruo le mordió en una oreja y le señaló los dientes.

—Esto por hoy, que mañana será más—dijo.

Y, después de tirar a los niños unos pedazos de pan, se fué.

No bien se hubo ido, cuando acudieron millones de ardillas que con la presteza del rayo hicieron un enorme boquete. Por él escaparon todos los niños, y en su lugar se pusieron las ardillas. Los muchachos se escondieron en una gruta lejana y allí aguardaron los acontecimientos.

Llegó, en efecto, el hombre de las dos caras a la jaula, y al ver allí a las ardillas se incomodó extraordinariamente, y ya cogía su látigo para darles la paliza cotidiana, cuando todos aquellos animalitos se marcharon a través de los barrotes.

Y poniéndose unos zancos descomunales echó a correr en busca de los niños, tocando un silbato. Ellos, llenos de terror, estaban agazapados en la gruta, sin atreverse a respirar por miedo a ser descubiertos.

Después de ocho o diez horas de carrera vertiginosa, dejóse caer rendido el hombre de las dos caras y se durmió en el suelo, muy cerca de la gruta. Entonces la ardilla pidió a Claudio el silbato que el águila le diera, y, sin hacer el menor ruido, lo colocó al cuello del monstruo.

Cuando éste despertó por el frío de la noche, cogió de nuevo el silbato y comenzó a tocar como un desesperado. El águila, creyendo que era Claudio, enganchó con sus garras al hombre de las dos caras y se remontó a lo alto. Notó el águila que era su voz desconocida, soltó la carga, dejando que el monstruo se estrellara contra las rocas.

Los chicos volvieron a sus casas, donde celebraron su regreso con grandes fiestas, y la abuela de Claudio, cuando se enteró de lo ocurrido, después de festejarlo por su vuelta, no hacía más que decirle:

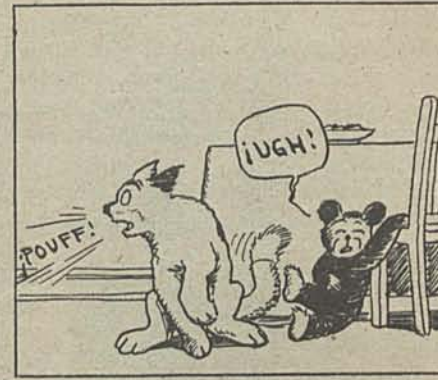
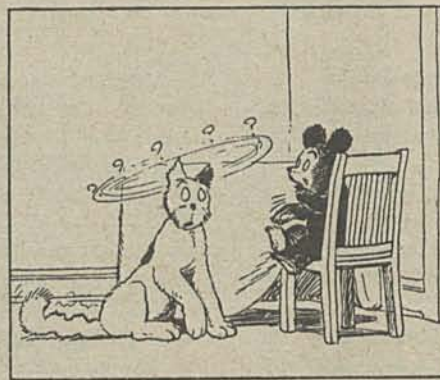
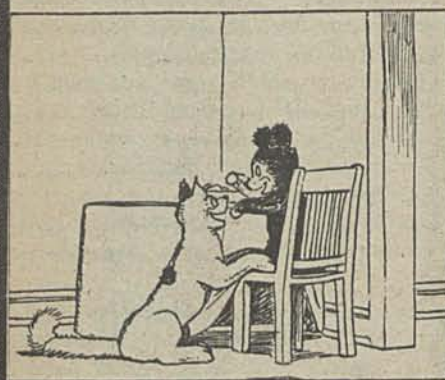
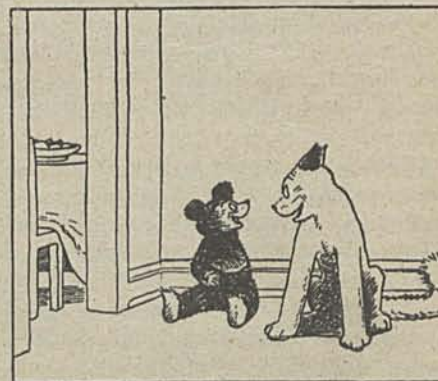
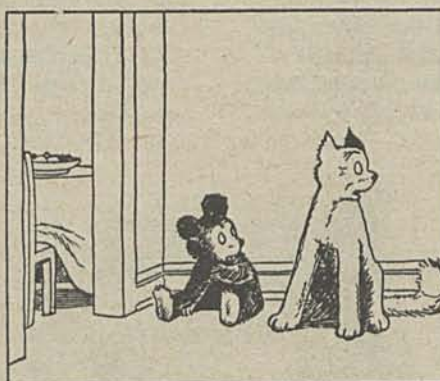
—¿Quieres volver a ver al hombre de las dos caras?

FIN



ANITA

BUEN CORAZON

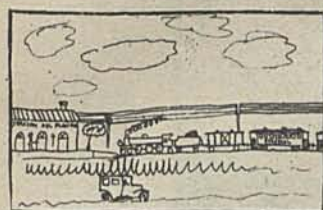


Reg. U. S. Pat. Off., Copyright, 1935, by The Chicago Tribune

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

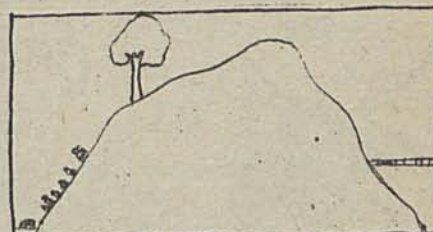
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Tren dominguero.—Lucas Pardo



Pinocho
Antonia Morán



Pinocho alpinista.—

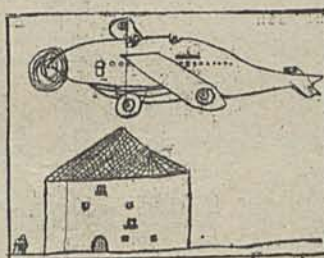
Juanito de la Serna



Escena.—M. V.



Retrato de niño
Santiago Laso



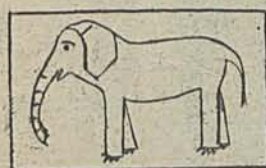
Un viaje a Barcelona
Juanito de la Serna



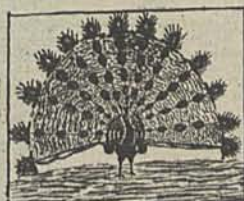
Un pueblo—
José Antonio Fernández.



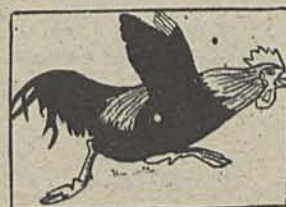
Damisela
E. Piquero



Un elefante
Guillermo Miralles



Pavo real
Angelita Steinmetz Alonso



Un gallo.—A. Portavella



De paseo
Vicente Zalves



Fragata
Rafael Novachos



Madank cachorro
César López Doriga



Mago
Carlos Brode



Escudo de Guatemala
G. Solares



Serenata
Filina Rodríguez



Una niña pera
Pilar Martínez Campos



Mi árbol de Navidad
Aurorita



Mi perro
Juanito de la Serna



Colorín
A. Castro



Retratos al carbón. Angel García



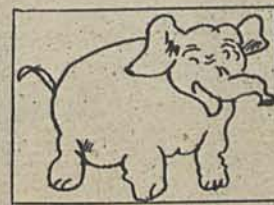
Piel roja
R. Moreno



Merceditas Baños
por
Lolita Fernández



Cerámica peruana
E. Groe



Trigémimo.—Segundo Martínez



Perfil
E. Alcalde

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

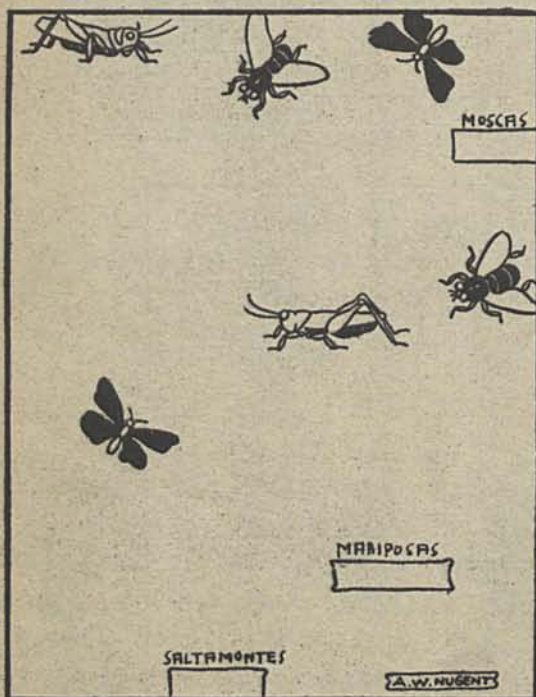
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS DOS BURROS



Hay dos burros escondidos en el dibujo con muchas ganas de divertirse.
¿Los véis?

LAS GUARIDAS



Hay que unir a cada animal con su guarida respectiva por medio de líneas, pero sin que estas líneas se junten ni se crucen.

Unir los números, por orden, con líneas y sabréis qué animal les embiste...

LOS TOREROS



Concurso de problemas y pasatiempos del mes de Febrero

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—Pepe López.

Segundo premio.—Ismael Camacho.

Tercer premio.—Antoñita del Soto.

Cuarto premio.—Lázaro Argüello.

Quinto premio.—Francisco Arnayo.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Enrique García Díez, Antonio Cenolaza, Matilde González, Carlos Motrico, Martirio Areiniega, Pepito Arias, Jerónimo del Valle, Rafaelito Xipra, Carlos Grijalvo, Paco Fernández, Cayo Olivera y Alejandrina Macho.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

Premios a la colaboración pinochista del mes de Febrero

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—Luis Gabriel.

Segundo premio.—Rosario Losada.

Tercer premio.—Félix Vicente Fernández.

Cuarto premio.—Juanito de la Serna.

Quinto premio.—José los Rois.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Atanasio de Haro, C. R. de las Cuevas, Inés Jaraquemada, Aurora Carrasco, Rafael Melero, José Losada, Angel Laborda, Lucas Pardo, Pedro Osés, Juan Trochut, L. Riestra, José M.^a Alvarez Cascos, Emilia Velázquez, José Santos, Salvador Pérez Rivas, Titi Pérez, Marino del Hierro, Carmen Allí, David Muñoz, Eduardo López Jordán, Amparo Linares, Benito Novella, Rafael Uribe y Arturo Guerrero.

VIDA PINOCHISTA



GERMÁN GONZÁLEZ
Accesits. — Una esperanza del arte
¡Viva el pinochismo!



RAFAEL AYLLÓN MONCE
Tiene un lápiz inquieto y maravilloso



JOSÉ PINILLOS (Buenos Aires)
Cuar. premio de colaboración.
F. arte es sobrio y elegante



ADOLFO CARMONA
El Sorolla del pinochismo
Premio de colaboración

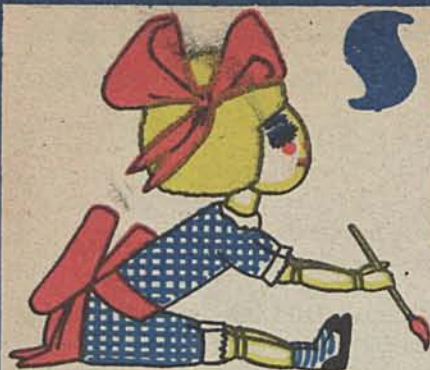


LUIS VALERA
Premio de colaboración
Su dibujo es sólido y amable



MARÍA CARO LÓPEZ
Voluntariosa y decidida. Tiene
un estilo personal y valiente

Sección Pirula



Charles de Pirula... tapicero

Para convertir un sillón de lona, plegable, viejo, estropeado y vulgar, en un sillón nuevo, original y bonito

Rita...

Sí, me refiero a la misma Rita que el domingo último se

entretenía en decir incontables «iiiiis» y otros tantos «nooooo», deshojando margaritas.

Rita, digo, ha sufrido este año una desilusión al llegar a la casita de campo.

¿Acaso las flores del jardín han sido sustituidas por calabacines? ¿O no aparecen ya sus amigas las mariposas y las mariposas? ¿O el viento ha arrancado el tejado durante el invierno?

No; en el jardín hay rosas y geranios y heliotropos; y margaritas (sobre todo, margaritas dispuestas a contestar con sus pétalos a cuantas preguntas se les quieran hacer.) Y el tejado brilla bajo el sol. Y la mariposa luce su delantalito rojo de negros lunares, y la mariposa presenta vestidos de sedas de diversos colores, a cual más elegante; sí, en sus puestos están las dos tocayas (ya habréis notado que estos dos lindos y alados insectos se llaman igual; solo varía su apellido: Mari Quita, Mari Posa...)

La desilusión se la ha proporcionado a Rita los sillones plegables, de lona, que constituyen la parte principal del mobiliario del jardín.

Estos sillones se compraron el año pasado, cuando se inauguró la casita. No tenían nada de particular; eran semejantes a los que pueden comprarse por unos tres duros en cualquier bazar: de madera ordinaria, con el respaldo y el asiento formados por un solo trozo de lona listada, podían doblarse completamente o desdoblarse, alargándose a voluntad, y convirtiéndose en toda una *chaise longue*.

Rita estaba encantada con ellos porque lo mismo la valían para dormir la siesta al aire libre, que para sentarse a leer o hacer labor. Guardaba de aquellos sillones un gran recuerdo;

¡y ahora...! Sin duda, ya el verano pasado fueron deteriorándose día tras día, sin que Rita se diera cuenta, porque los tenía siempre a la vista... o debajo de su cuerpo. Sucedió con ellos, lo que con ella misma que crece sin que su mamá lo note, hasta que viene una visita que no la ha visto desde algún tiempo y exclama con admiración. «¡Lo que ha cambiado esta criatura! ¡Lo que se ha desarrollado! ¡Si está hecha una mujer-cita! ¡Creo que si la veo en la calle no la conozco!»

Sí, esto mismo le ha sucedido a Rita con los sillones de lona; los ha visto (no en la calle, donde los sillones no suelen ir a pasear solitos) sino en su jardín y apenas los ha reconocido. Y es que, además del uso que se hizo de ellos el verano último, los pobres han pasado el invierno en un mal cobertizo donde penetraban el sol y la lluvia como don Pedro por su casa. (Don Pedro y quien sea; pues aun cuando se habla tanto de la facilidad con que el tal don Pedro entra en su casa, yo creo que igual le pasa a todo el mundo.)

Hoy, los sillones están completamente estropeados; destartallados, desencolados, ya no se pueden armar; además la madera está despintada y la lona

descolorida, y—esto es lo más grave—en su parte superior y su parte inferior, o sea en los sitios en que va clavada a la armadura, está desgastada y rota.

¿Habrá que pedirle a papá que vuelvase a gastarse otros quince o veinte duros en la adquisición de nuevos sillones? ¿Mandar estos a componer? ¡ni pensar! el tapicero llevaría casi tanto como el precio de los nuevos.

Tal ha sido la desolación de Rita que se ha echado a llorar; luego se ha quedado dormida; y entonces ha soñado que aparecía su hada madrina y, con un gesto de su varita de virtudes, volvía los sillones nuevos y más bonitos de lo que nunca fueron. Y al despertarse, Rita se ha encontrado con que aquel sueño es casi realidad. Digo casi, porque los sillones no están transformados todavía, pero van a estarlo muy pronto; y esto no se va a deber a una varita mágica, si no a un poco de trabajo, de ingenio y de buen gusto, que son virtudes más prácticas que las de cualquier varita de hada de cuento.

Para realizar esta transformación, Rita va a transformarse ella misma, sucesivamente en carpintero, ebanista y tapicero. Pero todos estos trabajos van a ser tan fáciles y tan rápidos que apenas se dará cuenta de ellos.

Lo primero, es encolar la armadura, con cola fuerte. Lo segundo, pintarla en un color vivo que puede ser naranja, o verde, azul o rojo. Y lo tercero, forrar la lona. Esto es lo más difícil... y lo es bien poco. Se compra un trozo de cretona o de vichy, estampado, con flores o, mejor aún con cuadros, en los que domine el color en que va pintada la armadura.

Estas telas—cuyo precio oscila entre seis reales y tres pesetas—suelen tener un ancho de un metro cuarenta, que es precisamente el largo que tiene la lona del sillón; bastará pues con comprar una medida igual al ancho de la lona, y un poco más, o sea cincuenta centímetros.

La cretona se coloca cubriendo la lona y los tres o cuatro centímetros que sobran a los lados, se doblan sobre el borde de la lona y se hilvanan de arriba abajo, en esta forma.

Luego se sujetan con unas puntadas de festón muy grandes y muy separadas unas de otras, hechascon gruesa lana negra. Por último, se quita el hilvan y, forrada la lona, el sillón aparece totalmente nuevo.

¡Muchísimo más bonito que cuando era nuevo!

